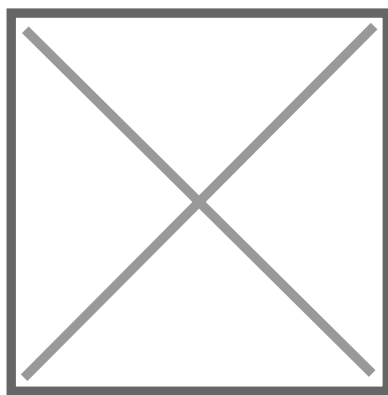




BEREK WALCOTT

La épica del Caribe

ANA HERRERA

Hace unos veinte años, viviendo en Venezuela, yo dirigía la tesis de una estudiante de las Antillas. En algún momento de descanso, ella me habló de un primo suyo que escribía y se le reconocía en su medio. Era una estudiante de Nueva York y al volver de un viaje a su isla me trajo algunos libros de poemas. Fue un primer encuentro con el que sería el Premio Nobel, Derek Walcott (1930).

Sin duda, pocos como él han escrito una épica de la cultura del Caribe. La literatura de la región es toda, desde la forma de sistema social en el siglo XIX, sobre todo en las zonas inglesa y holandesa. El desarrollo literario en el siglo XIX es mayor en el Caribe hispano que en el francófono que reali-

Gracias a libros como «Otra vida», «Uvas de mar» y «Omnes», este escritor, que vive entre su país de origen y Boston—donde enseña—se ha adjudicado importantes premios, como el Nobel en 1992.



EDUCADO PARA EDUCAR. En 1957, igual a su tía, Walcott pudo estudiar teatro en Nueva York, experiencia que en su vida le sirvió en Trinidad. Además de poeta es un ensayista y crítico de la política.

“El arte antillano es esta restauración de nuestras historias hechas africanas, nuestros casos de vocabulario”.

23 la primera revolución cultural del área, y demostró a partir de allí una literatura dedicada de la zona afroamericana. Durante algunas décadas, esta revolución dio un sello a la escritura del área.

El discurso de Walcott se aleja del clásico de la “región”, del grupo de Aimé Césaire, o de la reivindicación que llevó a cabo Marcos Cayre en las Antillas y en las Estados Unidos en las primeras décadas del siglo. Para él, el problema no es la defensa ni la superioridad proclamada en algún momento por esta causa. Su enfoque consistió en la incorporación de todo, una región cultural como es el Caribe—de otras culturas vistas como “árbitros”, desarticuladas, marginadas por la mirada colonial y externa a un diálogo con la cultura universal. Su empeño es legítimo: el universo fragmentado de una memoria que alberga diversas diásporas, como la africana y la asiática, y hace de ello su epícu-

das, generando de ese universo aparentemente caótico su fuerza. “El arte antillano—escribe en su discurso del Nobel—es esta restauración de nuestras historias hechas africanas, nuestros casos de vocabulario, lo cual convierte a nuestro archipiélago en un continente de los padecidos separados del continente originario”. Porque “tal es la base de la experiencia antillana: ese naufragio de fragmentos, esos ecos, esos trozos de un universo vocabulario tribal, esas costumbres parcialmente olvidadas que no han desistido sino que guardan más bien de gran tesoro. Reconstruimos tanto el Middle Passage —el tra-



FRAGMENTO.— Derek Walcott, “Capadocia de dormir” (1993).

specto transatlántico de los bultos negros— como al «Océano Rosado», la nave que transportó, del puerto de Madras a los católicos de Belice, a los primeros indios obligados por su destino, que transportó al esclavizado consulto europeo y al judío sefardí, al aborígenes chino y al comerciante libanés que vendió su mercancía de té en bicicleta”.

Incorporar esta pluralidad, esta lingüística al resto del mundo, tal es su empeño. Porque así como se renueva año a año en Trinidad una representación popular del «Corpus», la épica hindú, con trozos de papel empalme y trozos de café, así como él escribe su largo poema «Quiero» una épica de las Antillas inscrite en referencia al poeta griego. Los momentos del sur borran lo que ven, en una cultura de tradición francesa y anglosajona al mismo tiempo, con “mar” y “madre”, como evidentemente con el nombre del autor griego. Allí, una madre que se balancea cantando al borde de la playa tace por nombre Helena, y Aquiles es un árabe hijo de esclavo que en un fugaz con-

no repara como acompañando por la música estridente de un calypso. Todo gesto humano, como el simple de un niño que lanza una piedra plana para cortar la superficie del agua, es un gesto que remite a toda la historia de la humanidad.

En una publicación de 1990, «Tropics House», la vocación pictórica que desarrolla desde temprano por impulsos paternos y de maestros de escuela, pintores, lo lleva a incorporar la historia de Camille Pissarro, un judío sefardí que va desde Saint Thomas a París para desarrollar su vocación pictórica, con la ciudad de Cézanne y el mundo de los impresionistas, en una Francia de fin de siglo que vive el clasicismo epifánico antillano. Allí, Walcott dialoga con Pissarro, con las artes visuales y el lenguaje cotidiano de los habitantes, el sonido de las palmas, las tonalidades de las islas. Hay en este diálogo una común pertenencia a dos mundos, una susceptible adaptación por los cuadros del pintor, una también común conciencia de la exclusión, la persecución, la incompreensión de la

diferencia. Acompañan al texto variadas reproducciones de cuadros de Walcott.

La sensibilidad del desplazamiento entre culturas, del viaje del exilio, las nuevas formas de la diáspora están igualmente en el texto. Es el gran tema de la cultura caribea de hoy, desde las últimas décadas del siglo XX, con sus masivas y masivas migraciones y exilios. Ellas transportan sus fronteras mucho más allá de las islas—hasta Canadá, los Estados Unidos, España e Inglaterra—lo que hace que ante de sus grandes escritores, George Lamming, se refiera a este espacio como el de un “archipiélago de fronteras externas”.

En sociedades como las caribeñas la literatura aparece como un sistema ajeno, “a foreign machinery”, le llama Walcott. Son sociedades de la conflictividad, que la escritura del poeta de Saint Lucia incorpora, como lo hacen cada vez más narradores de hoy como T. Chamois en el área francófona, o los actua-

Para el Nobel de Literatura 1992, “el destino de la poesía es evanescer del mundo, a despecho de la Historia”.

les de Sor Juana. Sociedades de negación, es donde las diversas lenguas populares—criolla, vauca, pidgin, papiamentu, entre otras—dan vida también a las formas de lo plural, a un universo bilingüe, variopinto. Allí la historia se ha ido incorporando en fragmentos trunco, en modelos deformados al esplendor de una naturaleza en donde “la maravilla visual es algo común”.

Por eso a esta, la Historia parece recordar, dejar paso a la garza de color rojo que atravesará el cielo o a la multitudinalidad de las criaturas marinas. Más que de aquí, el Caribe parece ser un espacio del océano y de la música, espacio de la unidad de la poesía. Porque, dice Walcott, “el destino de la poesía es evanescer del mundo, a despecho de la Historia”.

La épica del Caribe [artículo] Ana Pizarro.

Libros y documentos

AUTORÍA

Pizarro, Ana

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La épica del Caribe [artículo] Ana Pizarro.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile